



voz; ¿y es posible que sea vuestra merced tan duro de cerebro y tan falto de meollo, que no eche de ver que es pura verdad lo que le digo, y que en esta su prisión y desgracia tiene más parte la malicia que el encanto? Pero pues así es, yo le quiero probar evidentemente cómo no va en-

cantado. Si no, dígame, así Dios le saque desta tormenta, y así se vea en los brazos de mi señora Dulcinea cuando menos se piense.....

—Acaba de conjurarme, dijo Don Quijote, y pregunta lo que quisieres; que ya te he dicho que te responderé con toda puntualidad.

—Eso pido, replicó Sancho; y lo que quiero saber es; que me diga, sin añadir ni quitar cosa ninguna, sino con toda verdad, como se espera que la han de decir y la dicen todos aquellos que profesan las armas, como vuestra merced las profesa, debajo de título de caballeros andantes.....

—Digo que no mentiré en cosa alguna, respondió Don Quijote; acaba ya de preguntar; que en verdad que me cansas tantas salves, plegarias y prevenciones, Sancho.

—Digo que yo estoy seguro de la bondad y verdad de mi amo; y así, porque hace al caso á nuestro cuento, pregunto, hablando con acatamiento, si acaso después que vuestra merced va enjaulado, y á su parecer, encantado en esta jaula, le ha venido gana y voluntad de hacer aguas mayores ó menores, como suele decirse.

—No entiendo eso de hacer aguas, Sancho; aclárate más, si quieres que te responda derechamente.

—¿Es posible que no entienda vuestra merced de hacer aguas menores ó mayores? Pues en la escuela destetan á los muchachos con ello. Pues sepa que quiero decir, si le ha venido gana de hacer lo que no se excusa.

—Ya, ya te entiendo, Sancho. Si, y muchas veces, y aún ahora la tengo: sácame deste peligro; que no anda todo limpio.



CAPÍTULO XLIX

Donde se trata del discreto coloquio que Sancho Panza tuvo con su señor Don Quijote.

AHI dijo Sancho, cogido le tengo: esto es lo que yo deseaba saber con el alma y con la vida. Venga acá, señor; ¿podría negar lo que comunmente suele decirse por ahí, cuando una persona está de mala voluntad: "No sé qué tiene fulano que ni come, ni bebe, ni duerme, ni responde, á propósito á lo que le preguntan, que no parece sino que está encantado? De donde se viene á sacar que los que no comen, ni beben, ni duermen, ni hacen las obras naturales que yo digo, estos tales están encantados; pero no aquellos que tienen la gana que vuestra merced tiene, y que bebe cuando se lo dan, y come cuando lo tiene, y responde á todo aquello que le preguntan.

—Verdad dices, Sancho, respondió Don Quijote; pero ya te he dicho que hay muchas maneras de encantamientos, y podría ser que con el tiempo se hubiesen mudado de unos en otros, y que ahora se use que los encantados hagan todo lo que yo hago, aunque antes no lo hacían: de manera que contra el uso de los tiempos no hay que argüir ni de que hacer consecuencias. Yo sé ó tengo para mí que voy encantado, y esto me basta para la seguridad de mi conciencia; que la formaría muy grande si yo pensase que no estaba encantado, y me dejase estar en esta jaula, perezoso y cobarde, defraudando el socorro que podría dar á muchos menesterosos y necesitados, que de mi ayuda y amparo deben tener á la hora de ahora precisa y extrema necesidad.

—Pues con todo eso, replicó Sancho, digo que, para mayor abundancia y satisfacción, sería bien que vuestra merced probase á salir desta cárcel (que yo me obligo con todo mi poder á facilitar, y aun á sacarle della), y probase de nuevo á subir sobre su buen Rocinante, que también parece que va encantado, según va de melancólico y triste; y hecho esto, probásemos otra vez la suerte de buscar más aventuras; y si no nos sucediese bien, tiempo nos queda para volvernos en la jaula, en la cual prometo á ley de buen y leal escudero, de encerrarme juntamente con vuestra merced, si acaso fuere vuestra merced tan desdichado, y yo tan simple, que no acierte á salir con lo que digo.

—Yo soy contento de hacer lo que dices, Sancho, hermano, replicó Don Quijote; y cuando tú veas coyuntura de poner en obra mi libertad, que yo te obedeceré en todo y por todo; pero tú, Sancho, verás cómo te engañas en el conocimiento de mi desgracia.

En estas pláticas se entretuvieron el caballero andante y el mal andante escudero, hasta que llegaron donde, ya apeados, los aguardaban el Cura, el Canónigo y el barbero. Desunció luego los bueyes de la carreta el boyero, y dejólos andar á sus anchuras por aquel verde y apacible sitio, cuya fresca convidaba á quererla gozar, no á las personas tan encantadas como Don Quijote, sino á los tan advertidos y discretos como su escudero, el cual rogó al Cura que permitiese que su señor saliese por un rato de la jaula; porque si no le dejaban salir, no iría tan limpia aquella prisión como requería la decencia de un tal caballero como su amo.

Entendióle el Cura, y dijo que de muy buena gana haría lo que le pedía, si no temiera que, en viéndose su señor en libertad, había de hacer de las suyas, y irse donde jamás gentes le viesen.

—Yo le fio de la fuga, respondió Sancho.

—Y yo y todos, dijo el Canónigo, y más si él me da la palabra, como caballero, de no apartarse de nosotros hasta que sea nuestra voluntad.

—Si doy, respondió Don Quijote, que todo lo estaba escuchando: cuanto más que el que está encantado, como yo, no tiene libertad para hacer de su persona lo que quisiere; porque el que le encantó le puede hacer que no se mueva de un lugar en tres siglos; y si hubiere huído, le hará volver en volandas; y que, puesto era así, bien podían saltarle, y más siendo tan en provecho de todos; y del no saltarle les protestaba que no podía de dejar de fatigalles el olfato, si de allí no se desviaban.

Tomóle la mano el Canónigo, aunque las tenía atadas, y debajo de su buena fe y palabra, le desataron, de que él se alegró infinito, y en grande manera de verse fuera de la jaula; y lo primero que hizo, fué estirarse todo el cuerpo, y luego se fué donde estaba Rocinante, y dándole dos palmadas en las ancas, dijo:

—Aun espero en Dios y en su bendita Madre, flor y espejo de los caballos, que presto nos hemos de ver los dos cual deseamos, tú con tu señor á cuestras, y yo encima de tí, ejercitando el oficio para que Dios me echó al mundo. Y diciendo esto, Don Quijote se apartó con Sancho en remota parte, de donde vino más aliviado, y con más deseos de poner en obra lo que su escudero ordenase.

Mirábase el Canónigo, y admirábase de ver la extrañeza de su grande locura, y de que en cuanto hablaba y respondía mostraba tener bonísimo entendimiento; solamente venía á perder los estribos, como otras veces se ha dicho, en tratándole de caballerías. Y así, movido de compasión, después de haberse sentado todos en la verde yerba para esperar el repuesto del Canónigo, le dijo:

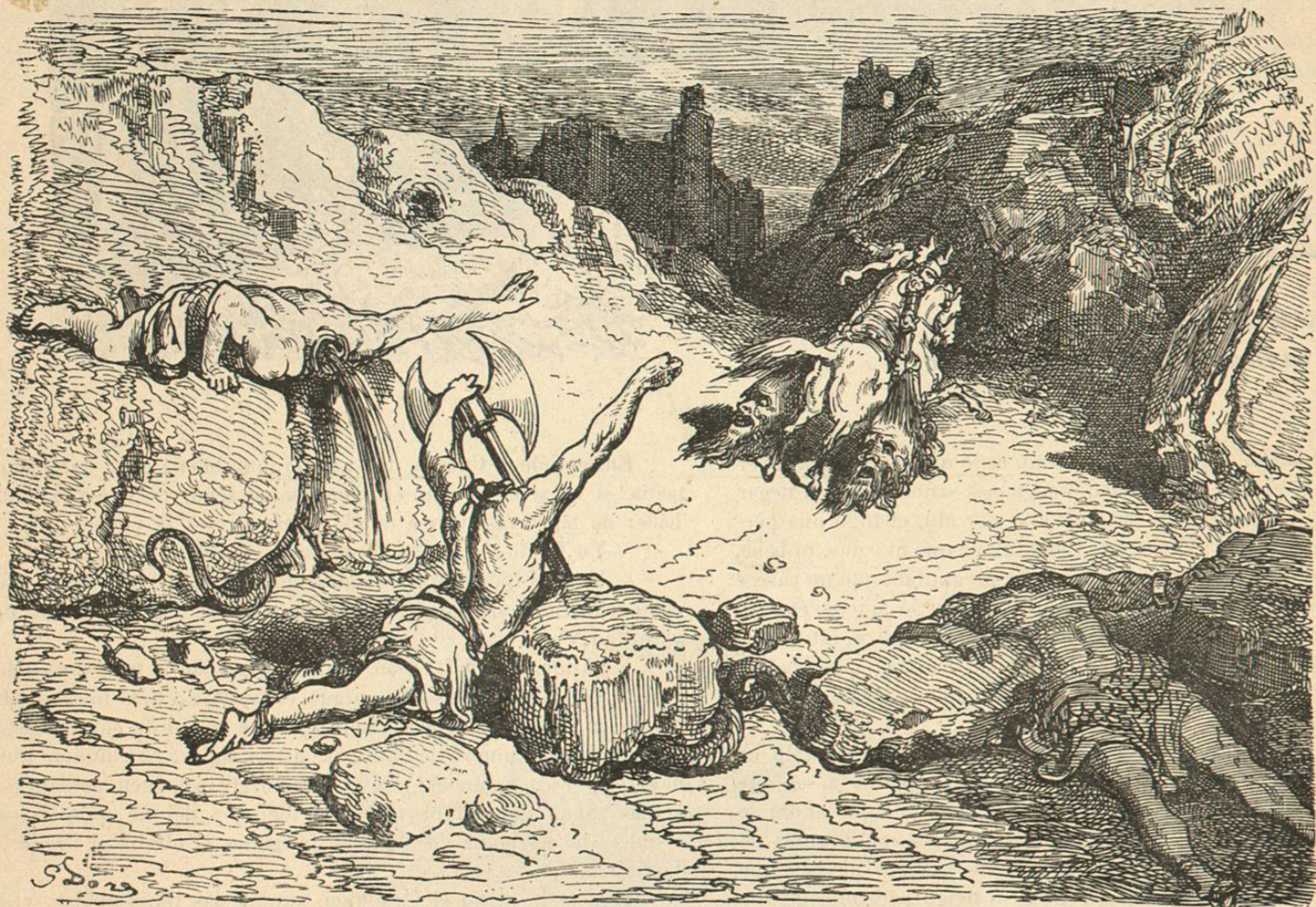
—¿Es posible, señor hidalgo, que haya podido tanto con vuestra merced la amarga y ociosa lectura de los libros de caballerías, que le hayan vuelto el juicio de modo que venga á creer que va encantado, con otras cosas deste jaez, tan lejos de ser verdaderas como lo está la misma mentira de la verdad? Y ¿cómo es posible que haya entendimiento humano que se dé á entender que ha habido en el mundo aquella infinidad de Amadises y aquella turbamulta de tanto famoso caballero, tanto emperador de Trapisonda, tanto Félixmarie de Hircania, tanto palafren, tanta doncella andante, tantas sierpes, tantos endriados, tantos gigantes, tantas inauditas aventuras, tanto género de encantamientos, tantas batallas, tantos desafortados encuentros, tanta bazarria de trajes, tantas princesas enamoradas, tantos escuderos condes, tantos enanos graciosos, tanto billete, tanto requiebro, tantas mujeres valientes, y finalmente, tantos y tan disparatados casos como los libros de caballerías contienen?

De mí sé decir que cuando los leo, en tanto que no pongo la imaginación en pensar que son todos mentira y liviandad, me dan algún contento; pero cuando caigo en la cuenta de lo que son, doy con el mejor dellos en la pared, y aun diéran con él en el fuego, si cerca ó presente le tuviera, bien como merecedores de tal pena, por ser falsos y embusteros y fuera del trato que pide la común naturaleza, y como á inventores de nuevas sectas y de nuevo modo de vida, y como á quien da ocasión que el vulgo ignorante venga á creer y tener por verdaderas tantas necedades como contienen.

Y aun tienen tanto atrevimiento, que se atreven á turbar los ingenios de los discretos y bien nacidos hidalgos, como se echa bien de ver por lo que con vuestra merced han hecho, le han traído á términos que sea forzoso encerrarle en una jaula y traerle sobre un carro de bueyes, como quien trae ó lleva algún león ó algún tigre de lugar en lugar, para ganar con él dejando que le vean.

Ea, señor Don Quijote, duélase de sí mismo, y redúzgase al gremio de la discreción, y sepa usar de la mucha que el cielo fué servido de darle, empleando el felicísimo talento de su ingenio en otra lectura, que redunde en aprovechamiento de su conciencia y en aumento de su honra.

Y si todavía, llevado de su natural inclinación, quisiere leer libros de hazañas y de caballerías, lea en la sacra Escritura el de los



Jueces, que allí hallará verdades grandiosas y hechos tan verdaderos como valientes. Un Viriato tuvo Lusitania; un César, Roma; un Aníbal, Cartago; un Alejandro, Grecia; un conde Fernán González, Castilla; un Cid, Valencia; un Gonzalo Fernández, Andalucía; un Diego García de Paredes, Extremadura; un Garcí Pérez de Vargas, Jerez; un Garcilaso, Toledo; un Don Manuel de León, Sevilla; cuya lección de sus valerosos hechos puede entretener, enseñar, deleitar y admirar á los más altos ingenios que los leyeren. Esta sí será letura digna del buen entendimiento de vuestra merced, señor Don Quijote mío; de la cual saldrá erudito en la historia, enamorado de la virtud, enseñado en la bondad, mejorado en las costumbres, valiente sin temeridad, cuerdo sin cobardía; y todo esto para honra de Dios, provecho suyo y fama de la Mancha, do, según he sabido, trae vuestra merced su principio y origen.

Atentísimamente estuvo Don Quijote escuchando las razones del Canónigo; y cuando vió que ya había puesto fin á ellas, después de haberle estado un buen espacio mirando, le dijo:

—Paréceme, señor Hidalgo, que la plática de vuestra merced se ha encaminado á querer darme á entender que no ha habido caballeros andantes en el mundo, y que todos los libros de caballerías son falsos, mentirosos, dañadores, ó inútiles para la república; y que yo he hecho mal en leerlos, y más mal en creerlos y peor en imitarlos, habiéndome puesto á seguir la durísima profesión de la caballería andante que ellos enseñan; negándome que no ha habido en el mundo Amadises, ni de Gaula, ni de Grecia, ni todos los otros caballeros de que las escrituras están llenas.

—Todo es al pie de la letra, como vuestra merced lo va relatando, dijo á esta sazón al Canónigo.

A lo cual respondió Don Quijote:

—Añadió también vuestra merced que me habían hecho mucho

daño tales libros, pues me habían vuelto el juicio y puéstome en una jaula, y que me sería mejor hacer la enmienda y mudar de letura, leyendo otros más verdaderos y que mejor deleitan y enseñan.

—Así es, dijo el Canónigo.

—Pues yo, replicó Don Quijote, hallo por mi cuenta que el sin juicio y el ecantado es vuestra merced, pues se ha puesto á decir tantas blasfemias contra una cosa tan recibida en el mundo y tenida por tan verdadera, que el que la negase, como vuestra merced la niega, merecería la misma pena que vuestra merced dice que da á los libros cuando los lee y le enfadan; porque querer dar á entender á nadie que Amadís no fué en el mundo, ni todos los otros caballeros aventureros de que están colmadas las historias, será querer persuadir que el sol no alumbraba, ni el hielo enfriaba, ni la tierra sustentaba.

Porque ¿qué ingenio puede haber en el mundo que pueda persuadir á otro que no fué verdad lo de la infanta Floripes y Gijil de Bogoña, y lo de Fierabrás con la puente de Mantible, que sucedió en el tiempo de Carlo Magno? que ¡voto á tal que es tanta verdad, como ahora de día! Y si es mentira, también lo debe de ser que no hubo Héctor, ni Aquiles, ni la guerra de Troya, ni los doce Pares de Francia, ni el rey de Artus de Inglaterra, que anda hasta ahora convertido en cuervo, y le esperan en su reino por momentos.

Y también se atreverán á decir que es mentirosa la historia de Guarino Mezquino y la de la demanda de santo Grial, y que son apócrifos los amores de Don Tristán y la reina Iseo, como los de Ginebra y Lanzarote, habiendo personas que casi se acuerdan de haber visto á la dueña Quintañona, que fué la mejor escanciadora de vino que tuvo la Gran Bretaña. Y esto es tan así, que me acuerdo yo que me decía una mi abuela de parte de mi padre, cuando veía alguna dueña con tocas reverendas: "Aquella, nieto, se parece á la dueña Quintañona;" de donde yo arguyo que la debió de conocer ella, ó por lo menos debió de alcanzar á ver algún retrato suyo.

Pues ¿quién podrá negar no ser verdadera la historia de Piérrres y la linda Magalona, pues aún hasta hoy día se ve en la armería de los Reyes la clavija con que volvía el caballo de madera sobre quien iba el valiente Piérrres por los aires, que es un poco mayor que un timón de carreta? Y junto á la clavija está la silla de Babieca, y en Roncesvalles está el cuero de Roldán, tamaño como una grande viga; de donde se infiere que hubo doce Pares, que hubo Piérrres, que hubo Cid, y Bernardo del Carpio y otros caballeros, semejantes destos que dicen las gentes que á sus aventuras van.

Si no, díganme también que no es verdad que fué caballero andante el valiente lusitano Juan de Merlo, que fué á Borgoña, y se combatió en la ciudad de Arrás con el famoso señor le Charní, llamado Mosén Piérrres, y después en la ciudad de Basilea con Mosén Enrique de Remestán, saliendo de entrambas empresas vencedor y lleno de hermosa fama; ni las aventuras y desafíos que también acabaron en Borgoña los valientes españoles Pedro Barba y Gutierre Quijada (de cuya alcurnia yo desciendo por línea recta de varón), viniendo á los hijos del conde de San Polo. Niégume ansimismo que no fué á buscar las aventuras á Alemania Don Fernando de Guevara, donde se combatió con Micer Jorge, caballero de la casa del Duque de



Austria. Digan que fueron burla las justas de Suero de Quiñones, el del Paso; las empresas de Mosén Luis de Falces contra D. Gonzalo de Guzmán, caballero castellano, con otras muchas hazañas hechas por caballeros cristianos destos y de los reinos extranjeros, tan auténticas y verdaderas, que torno á decir que el que las negase carecería de toda razón y buen discurso.

Admirado quedó el Canónigo de oír la mezcla que Don Quijote hacía de verdades y mentiras, y de ver la noticia que tenía de todas aquellas cosas tocantes y concernientes á los hechos de su andante caballería; y así, le respondió:

—No puedo yo negar, señor D. Quijote, que no sea verdad algo de

lo que toca á los caballeros andantes españoles; y asimismo quiero conceder que hubo doce Pares de Francia, pero no quiero creer que hicieron todas aquellas cosas que el arzobispo Turpin dellos escribe; porque la verdad dello es, que fueron caballeros escogidos por los reyes de Francia, á quien llamaron Pares, por ser todos iguales en valor, en calidad y en valentía (á lo menos, si no lo eran, era razón que lo fuesen), y era como una religión de las que ahora se usan, de Santiago ó de Calatrava, que se presupone que los que la profesan han de ser ó deben ser caballeros valerosos, valientes y bien nacidos; y como ahora dicen caballero de San Juan ó de Alcántara, decían en aquel tiempo caballero de los doce Pares, porque fueron doce iguales los que para esta religión militar escogieron.

En lo de que hubo Cid no hay duda, ni menos Bernardo del Carpio; pero de que hicieron las hazañas que dicen, creo que la hay muy grande. En lo otro de la clavija, que vuestra merced dice, del conde Piérrres, y que está junto á la silla de Babieca en la armería de los Reyes, confieso mi pecado; que soy ignorante ó tan corto de vista, que aunque he visto la silla, no he echado de ver la clavija, y más siendo tan grande como vuestra merced ha dicho.

—Pues allí está sin duda alguna, replicó Don Quijote; y por más señas, dicen que está metida en una funda de baqueta, porque no se tome de moho.

—Todo puede ser, respondió el Canónigo; pero, por las Ordenes que recibí, que no me acuerdo haberla visto; mas, puesto que conceda que está allí, no por eso me obligo á creer las historias de tantos Amadises ni las de tanta turbamulta de caballeros como por ahí nos cuentan, ni es razón que un hombre como vuestra merced, tan honrado, de tan buenas partes y dotado de tan buen entendimiento, se dé á entender que son verdaderas tantas y tan extrañas locuras como las que están escritas en los disparatados libros de caballerías.

